

Antonio Ruiz de Elvira

(1923-2008)

In memoriam

Vicente CRISTÓBAL

Universidad Complutense
veristob@filol.ucm.es

El 22 de mayo del 2008 falleció en Madrid a los ochenta y cuatro años don Antonio Ruiz de Elvira Prieto, fundador de esta revista en 1971, Catedrático de Latín durante veintitrés años en nuestra Universidad Complutense (1966-1989), Director del Departamento de Latín por un largo período de tiempo (1973-1989) y primer Decano de la Facultad de Filología durante casi seis años y medio (1975-1982), al escindirse ésta, junto con Historia y Geografía y junto con Filosofía, del antiguo tronco de Filosofía y Letras.

Ha sido uno de los grandes maestros de Clásicas de los últimos tiempos en España, uno de los que más ha contribuido al auge de la Filología Clásica en nuestro país durante el tercio final del siglo XX. Impulsor abnegado de los estudios de Mitología Clásica, traductor modélico, riguroso, elegante y preciso, de griego y de latín, erudito multifacético, entusiasta de la literatura, de la filosofía, de la música y de las artes en general, conocedor profundo de la historia europea en su conjunto y de la historia del humanismo clásico en particular, orador elocuente y a menudo cautivador, dotado de una memoria prodigiosa, de una sagaz inteligencia, de una sensibilidad extraordinaria y de una no menos extraordinaria capacidad para establecer conexiones entre las distintas parcelas de la realidad, filócalo como el que más, dueño de una curiosidad sin límites ni desfallecimientos, e incansable perseguidor de respuestas para las mil cuestiones que ese su siempre activo afán de conocimiento le ponía ante los ojos.

Había nacido en Zamora el 15 de noviembre de 1923, donde pasó los primeros cinco años de su vida, hasta que en septiembre de 1928 su familia se trasladó a Murcia. Y en Murcia vivió el resto de su infancia y primera juventud. (He de advertir que en los datos que doy a continuación sigo puntualmente la información que sobre sí mismo y a petición mía nos dejó él escrita en la «Autobiografía sumaria», que incluimos como introducción a sus *Estudios mitográficos*, editados por algunos de sus discípulos en un número extraordinario de esta revista del año 2001, pp.13-48, donde todas estas cosas que resumo están contadas con el calor, la emoción y los detalles de quien las ha vivido y protagonizado; acuda allí todo el que quiera saberlas de primera mano y con alguna mayor extensión.) Pues bien, en Murcia residió desde septiembre de 1928 a julio de 1941; allí vivió la ingrata experiencia de la guerra y allí hizo los estudios escolares primarios y secundarios. Estudió luego Filosofía y Letras en Zaragoza (1944-1945) y en Madrid (1946-1948); en Zaragoza hizo los estudios co-

munes y en Madrid los de especialidad en la sección de Clásicas, con profesores tan egregios aquí, y por él tan añorados, como don Santiago Montero Díaz, don José Vallejo y don Eloy Bullón Fernández (que fue Decano de la Facultad y autor de la inscripción latina que está en la fachada de la misma, muchas veces comentada luego por don Antonio). Realizó su tesis doctoral sobre la sintaxis de Apuleyo bajo la dirección de don José Vallejo, que leyó en mayo de 1952 y con la que obtuvo el premio extraordinario. Fue Profesor Adjunto, por oposición, de Filología Latina en la misma Universidad de Madrid desde 1951 a 1958, fecha en la que ganó la oposición a Catedrático de la misma materia. Ejerció como tal en la Universidad de Murcia desde 1958 a 1966, hasta su posterior traslado a la de Madrid (luego Complutense), por concurso, donde desarrolló el resto de su labor docente e investigadora y donde desempeñó los cargos académicos a que ya nos hemos referido antes.

De los discípulos universitarios que él formó, primero en Murcia y luego en Madrid, cita él en su referida autobiografía, pp.31 y 34, los nombres de Francisca Moya, Juan Gil Fernández, M^a Emilia Martínez Fresneda, M^a Cruz García Fuentes, Francisco Calero, Rosa M^a Iglesias Montiel, M^a Dolores Gallardo, M^a Dolores Lozano, M^a Consuelo Álvarez Morán, su propia hija M^a Rosa Ruiz de Elvira y Serra, su yerno Emilio Crespo, Rosa M^a Agudo Cubas, yo mismo, Vicente Cristóbal López, Ernesto Trilla Millás, Almudena Zapata Ferrer, Emilio del Río Sanz, Ángel Escobar Chico y Amelia de Paz.

Entre sus muchas publicaciones fruto de esos años de intensa labor están en primer lugar sus libros *Humanismo y sobrehumanismo* (Madrid 1955), donde se ocupa básicamente de asuntos filosóficos y teológicos, libro ya cosmovisional y de altos vuelos, su traducción y edición del *Menón* de Platón (Madrid 1958), en cuya introducción se exponen puntos de vista muy personales e interesantes sobre la crítica textual, su traducción y edición de las *Metamorfosis* de Ovidio en tres volúmenes (Barcelona 1964 y 1969, y Madrid 1983, con texto de B. Segura el tercer volumen, correspondiente a los cinco últimos libros de la obra), obra muchas veces celebrada y muestra tanto de su penetración en el latín como de su exquisito gusto y corrección lingüística en castellano, así como de su congenialidad con Ovidio, y sobre todo su manual de *Mitología Clásica* (Madrid 1975, varias veces reimpreso desde entonces), denso donde los haya y utilísimo, gracias a su cuidado índice, para quien quiera conocer la maraña de versiones sobre los diferentes mitos y leyendas (me gusta y suelo decir que, gracias a su índice, es no sólo manual sino también diccionario), ejemplo patente de su erudición laboriosa, de su amor por los detalles y de su conocimiento supremo de las fuentes griegas y latinas, que maneja y comenta siempre de primerísima mano, sin ceder a las informaciones intermedias y comprobando y cotejando minuciosamente los textos; y no menos valioso por su reflexión inicial sobre la mitología, a modo de síntesis, su definición del mito y la delimitación cuidadosa de sus fronteras. Están luego sus numerosos artículos, escritos primero en revistas como *Emerita* o *Anales de la Universidad de Murcia*, y luego en *Cuadernos de Filología Clásica*, por él fundada en 1971 en compañía de los helenistas José S. Lasso de la Vega y L. Gil Fernández para dar cauce a la investigación sobre lo grecolatino en el ámbito universitario: son artículos que miran siempre a los horizontes amplios de la

Filología Clásica, pero que se detienen en particular en el examen y análisis de la mitografía, labor preparatoria que culminaría luego en su citado manual («*Anquises*», «La tragedia como mitografía», «Los problemas del proemio de las *Geórgicas*», «Valoración ideológica y estética de las *Metamorfosis* de Ovidio», «Céfalo y Procris: elegía y épica», «El contenido ideológico del *labor omnia vicit*», «De Paris y Enone a Tristán e Iseo», «Mito y novella», «Helena: mito y etopeya», etc.).

Tras la publicación de su *Mitología Clásica* (1975), y coincidiendo al principio con el desempeño de sus absorbentes tareas como Decano (1975-1982) –cometido del cual salió notablemente airoso, según el común reconocimiento, a pesar de la dificultad que suponía sentar las bases de una nueva facultad en unos tiempos de cambios políticos trascendentales como los que hubo en esos años–, siguió escribiendo colaboraciones para *Cuadernos*, como para completar el panorama mitográfico expuesto en su manual o para adentrarse en otras varias cuestiones menudas de la historia y cultura clásica («Régulo y Agátocles», «La ambigüedad de Fedra», «Problemas del calendario romano», «¿Suidas o la Suda?», etc.), y es de observar cómo tales trabajos de entonces, como si fueran testimonios de la presión de sus simultáneas responsabilidades académicas, se centran en lo exclusivamente analítico, se adelgazan y se vuelven escuetos y más breves, pero más incisivos, aunque siempre iluminadores.

Su jubilación en septiembre de 1989 lo alejó sólo en parte de la docencia, pero en modo alguno de la investigación. Pues, respecto a lo primero, algunos de sus discípulos hemos tenido la suerte de seguir viéndolo, consultándolo y reuniéndonos con él esporádicamente en tertulias sabrosísimas en las que el maestro, ya fuera de las aulas y con su trato directo y espontáneo, continuaba enriqueciéndonos con su múltiple sabiduría. Y respecto a lo segundo, él mismo (en la entrevista que le hice para el *Boletín de la Delegación Madrileña de Estudios Clásicos*, en el otoño de 1991 y que puede leerse ahora en *Estudios mitográficos*, pp.41-48), respondiendo a mi pregunta sobre si aún en la jubilación se sentía motivado hacia la investigación, me dijo textualmente: «No sólo todavía, sino más que nunca (y estas tres últimas palabras me las marcó para que aparecieran publicadas en negrita), al tener más tiempo y al ver las cosas también mejor, en su conjunto, como desde la cima de una montaña, y en los detalles, mejor relacionados cuanto más numerosos...», y su respuesta se alargó en varias páginas. Y efectivamente, aun retirado de la Universidad, siguió trabajando y escribiendo, visitando bibliotecas e impartiendo conferencias. Fruto de sus indagaciones de esta última etapa son los estudios que siguió publicando en *Cuadernos de Filología Clásica*, en la sección *Estudios Latinos* (después de la escisión en dos de la revista), en *Myrtia* de Murcia, y en otras publicaciones, y que manteniendo todavía la línea mitográfica se escapan también hacia cuestiones de otros ámbitos filológicos, algunas muy concretas y circunstanciales, comentario de determinados textos latinos antiguos o modernos, y constituyendo no pocos de tales estudios la respuesta y solución a interrogantes que alguien le había planteado previamente («Dido y Eneas», «Mitología y música», «*DVM VIXI TACVI MORTVA DVLC CANO*», «La *crux decussata* y el martirio de San Andrés Apóstol», «Los ‘hermanos’ de Jesús y la iconografía de Moisés», «*Passus, -us*», «¿Citaredo o citarodo?», «El Clitumno y sus

blancos ganados», «Dos notas críticas a Propertino», «Dos nuevas notas a Propertino», «*Albo lapillo*», y el que fue, en el 2004, su último artículo en *CFC-ELat*, con negros presagios en su título: «La muerte de Eurídice: sobre el hidro, el quersidro y el quelidro»). También posteriores a su jubilación han sido sus libros recopilatorios *Mitología clásica y música occidental* (Alcalá de Henares 1997), que engloba como objeto sus dos aficiones más permanentes, *Silva de temas clásicos y humanísticos* (Murcia 1999), libro que encierra un tesoro de multiforme erudición sobre menudos detalles de lo clásico, y *Estudios mitográficos* (Madrid 2001, número extraordinario de *CFC-ELat*), recolección de estudios anteriores suyos, aunados por su común ámbito de referencia a las fuentes literarias del mito antiguo, y aparecidos algunos en publicaciones ya poco accesibles. De su última etapa son, en fin, en colaboración con Francisca Moya, su edición y traducción anotada de las *Elegías* de Propertino (Madrid 2001) y, poco después, su edición y versión del *Hero y Leandro* de Museo (Madrid 2003), poema por él tan apreciado y elogiado, donde de nuevo, en ambas, se despliegan y alían su exquisito gusto y estilo con su penetrante rigor filológico.

La enfermedad de sus últimos años le restó fuerzas para proseguir en la vía de la investigación. Y siendo consciente de ello, y amando su trabajo con la pasión con que lo amaba, lo vimos algunos días sumido en el abatimiento silencioso. No quería oír música ya. «Ya no me gusta ni Garcilaso», llegó a decir dejándonos a algunos profundamente impactados (como si fuera un nuevo Cornelio Galo: *Iam neque Hamadryades rursus nec carmina nobis / ipsa placent*). Estaba trabajando en la edición, traducción y anotación de las tragedias de Séneca para la colección Alma Mater, que ya llevaba muy adelantadas, y ahí quedó detenida su fecunda trayectoria, ahí clavada la reja de su arado. *Ars longa, vita brevis*, como a él le gustaba recordar.

Releo ahora su testimonio en mis amarillentos apuntes de Literatura Latina de cuarto de carrera, los superlativos con que a veces marcaba la calificación que le merecían determinadas obras, el adjetivo «*qjustipreciable*» que yo no había usado nunca hasta oírselo a él, las secuencias que aún suenan en mis oídos (y que serán familiares a otros muchos que de él aprendieron como yo), tales como «*pujante personalidad, grandiosa concepción y augusta gravedad*» para referirse a la *Eneida*, o «*talante soez y tabernaria estrechez de miras*» para referirse al *Satiricón*; releo también en sus publicaciones líneas testimoniales de su optimista cosmovisión y de su afán apasionado por los altos y grandes valores: «*la verdad, la justicia y la belleza, esas categorías que el vanguardismo ignorante querría jubilar, pero que son las únicas que no pasan sin pena ni gloria*», «*son ellas, la libertad y la verdad, las que me han hecho despreciar las utopías y amar el catolicismo, por su grandeza intelectual, y a la vez estética*», «*Así pues, vivir, vivir siempre, conservar la vida, vivir ante todo...*», y el eco de estas palabras, y su rostro en mi memoria, grave unas veces, sonriente otras, se superponen a la imagen que guardo en mi retina de aquel furgón fúnebre que lo llevaba, a comienzos de la tarde de un día desapacible de mayo, con lluvia menuda, nubes y destemplanza, hacia otras tierras. *Et iam vale*. Adiós, maestro. Te repito el verso que le robé a Virgilio para dárte a ti: *Macte labore tuo! Sic itur ad astra, magister*. Vivir, vivir siempre, vivir ante todo.